

De acompañante a acompañante. Una espiritualidad para el encuentro

Darío Mollá Llácer

Narcea, 2018

En los últimos años han proliferado los manuales dedicados a las técnicas, competencias y habilidades necesarias para el acompañamiento espiritual. Sin embargo, Darío Mollá adopta una perspectiva diferente y complementaria. Su libro no se centra en lo que hace el acompañante, sino en quién es el acompañante. La pregunta de fondo que atraviesa toda la obra es tan sencilla como decisiva: ¿qué tipo de persona necesita ser quien acompaña para que su servicio sea verdaderamente evangélico?

El autor parte de una convicción fundamental: la calidad del acompañamiento espiritual depende menos de los conocimientos, métodos o recursos técnicos que de las actitudes interiores de quien acompaña. El acompañamiento es, antes que una técnica, un ministerio eclesial; antes que una función, una manera de situarse ante Dios, ante los demás y ante uno mismo. Por ello, el libro se presenta como una reflexión sobre la espiritualidad propia del acompañante espiritual, es decir, sobre aquellas disposiciones interiores que permiten ayudar a otras personas a encontrarse con Dios.

Desde una perspectiva claramente ignaciana, Mollá desarrolla una serie de actitudes fundamentales para el acompañante. Cada capítulo toma como punto de partida una escena evangélica que ilumina un rasgo esencial de esta vocación. El libro no pretende construir una teoría abstracta sobre el acompañamiento, sino ofrecer una meditación práctica sobre lo que significa acompañar al estilo de Jesús.

Una de las primeras dimensiones abordadas es la fe del acompañante. Nadie puede acompañar a otros en el camino hacia Dios si no cultiva él mismo una relación viva y confiada con el Señor. El acompañante no es un experto que habla de Dios desde fuera, sino un creyente que comparte humildemente una experiencia personal de seguimiento. La credibilidad de su acompañamiento nace de la autenticidad de su propia vida espiritual.

Íntimamente vinculada a la fe aparece la oración. Mollá recuerda que la verdadera eficacia del acompañamiento no depende exclusivamente de la preparación del acompañante, sino de la acción del Espíritu. Por eso la oración constituye una dimensión esencial de este ministerio. El acompañante es una persona que aprende a escuchar a Dios para poder escuchar mejor a quienes le son confiados. La oración le proporciona profundidad, sensibilidad espiritual y capacidad de discernimiento.

Otro tema particularmente importante es la abnegación. El autor subraya que acompañar exige salir de uno mismo y poner las necesidades de la persona acompañada en el centro. No se acompaña para sentirse útil, para ejercer influencia o para obtener reconocimiento. Se acompaña para servir. Esta actitud exige una disponibilidad generosa y una constante vigilancia sobre las propias motivaciones.

La humildad ocupa también un lugar central en el libro. Mollá insiste en que el acompañante no es el protagonista del proceso espiritual de la persona acompañada. El verdadero protagonista es Dios. El acompañante es solamente mediación, instrumento y servidor. Esta convicción libera de la tentación del control y permite respetar profundamente la libertad de la persona.

La confianza constituye otro de los pilares de la espiritualidad del acompañante. Con frecuencia, los procesos personales avanzan lentamente, se estancan o atraviesan momentos de crisis. El acompañante necesita confiar en la acción paciente de Dios, evitando la ansiedad por obtener resultados inmediatos. La maduración espiritual tiene sus tiempos, y el acompañante debe aprender a respetarlos.

Especialmente sugerente resulta el tratamiento de la misericordia. Quien acompaña se encuentra continuamente con personas heridas, limitadas, confundidas o desanimadas. La mirada de Jesús hacia los más vulnerables se convierte así en modelo para el acompañante. No se trata de juzgar ni de clasificar, sino de acoger, comprender y ofrecer esperanza.

El discernimiento aparece como una de las competencias espirituales más importantes. Mollá lo presenta no solo como una técnica ignaciana, sino como una actitud permanente de búsqueda de la voluntad de Dios. El acompañante aprende a escuchar los movimientos interiores, a distinguir procesos, a reconocer la acción de la gracia y a ayudar a que la persona descubra los caminos por los que Dios la conduce.

El libro presta también atención a una dimensión menos tratada en otros manuales: las tentaciones del acompañante. El autor analiza con lucidez riesgos como el protagonismo, la dependencia afectiva, la necesidad de reconocimiento, la impaciencia, el deseo de controlar los procesos o la falsa sensación de ser imprescindible. Estas reflexiones resultan especialmente valiosas porque nacen de una larga experiencia práctica y ayudan a desarrollar una actitud de sana vigilancia interior.

Finalmente, Mollá aborda una de las tareas más delicadas del acompañamiento: la cercanía a quienes atraviesan situaciones de sufrimiento. No ofrece respuestas fáciles ni soluciones simplistas. Más bien invita a aprender la difícil sabiduría de la presencia, de la escucha y de la compasión. En muchas ocasiones, acompañar significa simplemente permanecer al lado de quien sufre, ayudándole a descubrir que Dios continúa presente incluso en medio de la oscuridad.

De acompañante a acompañante es un libro pequeño en extensión, pero extraordinariamente rico en contenido. Su principal valor reside en que aborda un aspecto frecuentemente olvidado en la formación de acompañantes: la espiritualidad del propio acompañante.

Muchos manuales explican qué debe hacerse durante una entrevista de acompañamiento, cómo escuchar, cómo discernir o cómo interpretar determinadas experiencias. Mollá da un paso previo y plantea una cuestión más radical: ¿qué actitudes interiores necesita cultivar quien acompaña? Esta pregunta convierte el libro en una obra especialmente formativa para quienes se preparan para ejercer este ministerio.

Una de sus mayores fortalezas es el equilibrio entre profundidad espiritual y sentido práctico. Las reflexiones están sólidamente fundamentadas en los evangelios, pero siempre orientadas a situaciones concretas que surgen en la práctica del acompañamiento. El lector tiene la sensación de estar dialogando con alguien que conoce bien las alegrías, dificultades y riesgos de esta tarea.

La cercanía del lenguaje constituye otra de sus virtudes. Mollá escribe con sencillez, claridad y profundidad. No busca impresionar con grandes construcciones teóricas, sino ayudar al lector a revisar su propia manera de acompañar. Por ello, el libro se presta especialmente bien a la lectura personal, a la reflexión en grupo y a la formación permanente de acompañantes. Asimismo, resulta muy valiosa la atención prestada a las tentaciones y fragilidades del acompañante. En un ámbito donde a veces se idealizan las figuras de referencia, Mollá recuerda que quien acompaña sigue siendo una persona vulnerable, necesitada de discernimiento, conversión y crecimiento espiritual.

Porque enseña que el mejor acompañamiento nace de una vida interior auténtica. Porque ayuda a comprender que acompañar no es dirigir, controlar ni resolver la vida de nadie, sino facilitar el encuentro entre una persona y Dios. Porque invita a revisar continuamente las propias motivaciones, actitudes y modos de ejercer este servicio.

Para los estudiantes de un Título Universitario en Acompañamiento Espiritual, esta obra constituye una excelente lectura complementaria a los manuales metodológicos y psicológicos. Mientras otros libros enseñan técnicas de acompañamiento, Darío Mollá ayuda a formar el corazón del acompañante. Y precisamente ahí reside su mayor contribución: recordar que la calidad de un acompañamiento depende, en último término, de la calidad humana y espiritual de quien lo ofrece.
